

SANTA MÓNICA, MADRE DE SAN AGUSTÍN

Día 27 de agosto

P. Juan Croisset, S.J.

Nació Santa Mónica en una ciudad de África el año de 332, de padres cristianos, más distinguidos por su virtud que por la nobleza de su sangre. Dieron á su hija una educación correspondiente; y para criarla con mayor cuidado se la confiaron á una buena vieja, criada tan antigua de la casa, que había conocido en la cuna al padre de nuestra Mónica; y la santa vieja desempeñó esta confianza con el mayor cuidado y con el mayor esmero. Visiblemente se reconocía que iba creciendo con la edad la devoción de la niña; y como tenía mucha advertencia, y una inclinación natural á la virtud, dejaba poco que hacer á su piadosa aya y maestra.

Contaba después la misma Santa Mónica á su hijo, que no obstante las saludables lecciones de aquella virtuosa mujer, que no quería que bebiesen vino las doncellas, ella había cobrado tanta inclinación á él, que sin duda hubiera dado en algún vergonzoso exceso, si no fuera por una criada que un día la llamó borracha; lo que la causó tanta vergüenza, y la hizo abrir tanto los ojos para conocer la torpeza de aquel vicio, que desde el mismo instante hizo propósito de no volver á probar el vino; y que así lo había cumplido hasta entonces.

El buen entendimiento y el buen modo de nuestra Mónica, su juicio , su compostura, su modestia y su virtud la hacían cada día más amable y más amada de sus padres; y, viéndola éstos en edad para casarse, contando más con su virtud que con las otras prendas naturales, la dieron por marido á un rico ciudadano de Tagaste, en la provincia de Numidia, llamado Patricio, porque, aunque

era todavía gentil, esperaban que la cordura y la virtud de su hija le convertirían á la religión cristiana.

Al entrar Mónica en el nuevo estado, se hizo cargo así de sus obligaciones como de sus trabajos. Su primer cuidado fue estudiar bien el genio, la inclinación y el humor de su marido. Eran las pasiones dominantes de éste, la cólera y una incontinenca desenfrenada; dedicóse Mónica á templar la una con su modestia, apacibilidad y sufrimiento, y á corregir la otra con su amor, paciencia y disimulo. Cuando Patricio estaba más colérico y más arrebatado en aquel ímpetu, jamás le resistía su mujer ni le respondía la menor palabra; prevenía sus gustos y se adelantaba á todo cuanto podía complacerle.

Como un día se quejasen confiadamente en presencia de Mónica otras amigas suyas, de su misma edad, de lo mucho que tenían que padecer con sus maridos, les dijo la Santa con tanta dulzura como prudencia: *Mirad bien si acaso tenéis vosotras la culpa. Para echar un jarro de agua al fuego de la cólera, y para domesticar el genio feroz y más extravagante de un marido, no hay medio más eficaz que el silencio respetuoso, el modo más humilde y sereno, y la paciencia dulce y constante de una mujer; el rendimiento y la sumisión que debemos á nuestros maridos, no nos permite hacerles frente; el contrato matrimonial es contrato oneroso, que nos impone la obligación de sufrir sus defectos con paciencia. Si vosotras sabéis callar, ahorraréis muchas pesadumbres y muchos sinsabores.*

A sus máximas y á sus consejos correspondía su porte. Aunque Patricio era hombre bárbaro, arrebatado y brutal, ella le desarmaba con su paciencia y le ganaba con su dulzura. Siempre atenta á sus obligaciones, no pensaba más que en el gobierno de su casa. Todo el

tiempo se le llevaban sus devociones y el cuidado de su familia, con cuyos medios tuvo el consuelo de ver reinar en una familia, casi toda ella gentil, un espíritu verdaderamente cristiano.

La suegra de Mónica, hechizada de su virtud y de su prudencia, quería tanto á su nuera, que la idolatraba. En breve tiempo fue Mónica la admiración de toda la ciudad, donde apenas se hablaba de otro asunto que de la paz que reinaba en su casa, y de la ejemplar educación que daba á su familia; elogios que la merecieron tanto concepto y tan general estimación, que en habiendo algunas diferencias ó disensiones en las casas particulares, todos acudían á Mónica para que las compusiese, siendo ella como la arbitra y universal pacificadora de toda la ciudad.

Iba creciendo mientras tanto su virtud, y singularmente la tierna devoción que profesaba á la Santísima Virgen, á quien todos los días encomendaba su familia; pidiéndola sobre todo con incesantes instancias y ruegos la conversión de su marido. Consiguióla al fin; porque haciendo Patricio reflexión á la dulzura, á la apacibilidad, al sufrimiento, á la prudencia y á todas las demás virtudes que reconocía y admiraba en su mujer, como era hombre capaz, infirió que no podía dejar de ser verdadera la religión que las enseñaba; conoció sus errores, detestólos, instruyóse bien en la religión cristiana y recibió el bautismo. ¿Quién podría explicar el gozo de nuestra Santa cuando vio ya cristiano á su marido? Con la mudanza de religión mudó también las costumbres; aquellos grandes ejemplos de virtud que por tanto tiempo había observado en su mujer, produjeron todo su efecto. Ya no era aquel Patricio colérico, altivo, furioso, disoluto, sino otro enteramente contrario; pacífico, humilde, modesto, casto, temeroso de Dios; pudiéndose llamar ésta la primera conquista de nuestra

Santa. Pero el Señor la tenía reservada otra mucho más ventajosa á toda la Iglesia, que era la de su primogénito hijo Agustino, cuya conversión costó á la santa madre muchas lágrimas.

Era Agustín de poca edad cuando murió su padre; y viéndose viuda nuestra Mónica, sólo pensó en adquirir todas aquellas virtudes que pide San Pablo á las de su estado. Retirada, mortificada, recogida y casi invisible á las demás criaturas, tenía repartido todo el tiempo en sus ejercicios espirituales, en obras de misericordia, en el gobierno de su familia y en la educación de sus hijos. Había tenido tres: dos hijos y una hija, siendo el mayor de todos Agustín, que la costó tantos cuidados, tantos suspiros y tantas oraciones.

Viendo la buena madre aquella viveza y fogosidad extraordinaria de su genio, comenzó á temer las más funestas resultas, especialmente cuando ni con sus consejos ni con sus reprensiones podía contener la impetuosidad de aquel natural, ni moderar la violenta pasión que le arrastraba hacia la sensualidad. Tuvo el dolor de verle precipitarse en los errores de los maniqueos, porque favorecían la torpeza y la disolución; mas no por eso desistió ni desconfió de su enmienda; antes doblando las oraciones, los ayunos, las lágrimas, las limosnas y todo género de buenas obras, para conseguir de Dios la salvación de su hijo, no cesaba de advertirle, de reprenderle y de exhortarle á que se apartase del camino de la perdición. Pero Agustín no daba oídos más que á sus pasiones; enternecíanle las lágrimas de tan buena madre, mas no apagaban el fuego de aquel corazón inflamado con el ardor de una juventud desordenada. Derramábala Mónica noche y día en la presencia del Señor para mover su misericordia, y acompañaba las oraciones con grandes penitencias, cuando, compadecido el mismo Señor, quiso alentar su

esperanza con algún consuelo. Tuvo un sueño en que se la dio á entender que al cabo se convertiría su hijo, y que se reduciría al gremio de la Santa Iglesia.

No la permitía su amor perderle de vista, y así le siguió á Cartago, donde pasó á sus estudios. Cuanto más se desviaba de Dios Agustín con sus desórdenes, más se acercaba á Su Majestad la santa madre con sus gemidos, solicitando inclinar la divina misericordia con lágrimas y con oraciones. Consiguió en fin lo que deseaba con tan fervorosas ansias, y el mismo San Agustín reconoce que su conversión, según la profecía de un santo obispo, había sido fruto de las lágrimas de su santa madre.

¡En qué abismo estaba yo metido!, exclama en el cap. 11 de sus Confesiones, y Vos, Dios mió, extendisteis desde el Cielo hacia mi vuestra mano misericordiosa, para sacarme de aquellas profundas tinieblas en que estaba sepultado. Llorábame mientras tanto mi buena madre con más vivo dolor que otras madres lloran á sus hijos cuando ven que les llevan á enterrar; porque me veía verdaderamente muerto delante de Vos, y lo veía con los ojos de la fe, y con aquella luz que Vos la habías comunicado. Así, Dios mío, escuchasteis Vos sus ansias, y no despreciasteis aquellas lágrimas que derramaba á torrentes en vuestra presencia, siempre y en todos los lugares en que os ofrecía su oración. Desde entonces la oísteis benignamente, y en cierta manera la asegurasteis por aquel sueño, que sin duda la enviasteis Vos, y la sirvió de tanto consuelo, no menos que lo que la dijo aquel santo obispo, que no era posible que se perdiese para siempre un hijo que la costaba tantas lágrimas.

Pero aun no era llegado este tiempo. Aunque Agustín profesaba tierno y filial amor á su madre, hacía poco caso de su llanto ni de sus amonestaciones. Desazonado con la insolencia y mala crianza de los

discípulos que le oían en Cartago, donde enseñaba retórica, resolvió embarcarse y pasar á Roma, con esperanza de que sería allí más estimado. Tuvo noticia de esto Santa Mónica, y fue grande su dolor, temiéndose que aquel viaje había de dilatar mucho la conversión de Agustín, de la cual concebía cada día mayores esperanzas; hizo cuanto pudo para estorbarle; pero Agustín se escapó secretamente, haciéndose á la vela una noche, mientras su santa madre estaba haciendo oración en la capilla de San Cipriano. Esta separación costó á Mónica gran pesadumbre, gimió en lo más íntimo de su corazón, y redobló con Dios su amorosa solicitud, sus ruegos y oraciones.

Apenas llegó á Roma Agustín, cuando cayó tan gravemente enfermo, que estuvo á los umbrales de la muerte. Confiesa él mismo que debió su curación á las oraciones de su virtuosa madre. Llegó á noticia de ésta que su hijo había dejado á Roma por ir á enseñar la retórica en Milán, y al instante tomó la resolución de pasar el mar sólo por estar con él. Levantóse una tempestad tan brava y tan furiosa , que todos se daban por perdidos, siendo la melancólica y silenciosa consternación que reinaba en los semblantes el más fiel testimonio de lo que asustaba á todos el peligro; pero Mónica alentaba á la misma tripulación, y, todos se persuadieron á que debían á sus oraciones el haber escapado del naufragio.

Luego que entró en Milán supo la conversión de su hijo. Fue indecible su alegría cuando vio que ya no era maniqueo; mas faltábala para ser cabal el verle buen católico. Cuando logró esto, exclamó sin poderse contener, llena del más gozoso y profundo reconocimiento: *Ahora sí, Señor, que moriré en paz, pues os habéis dignado oír las oraciones de vuestra indigna sierva. Seáis por siempre bendito, Dios de misericordia, y*

dignaos de perfeccionar vuestra obra en la conversión de mi hijo.

Aprovechó mucho su espíritu con las santas pláticas que tuvo con San Ambrosio mientras se detuvo en Milán. Usaba la Santa ciertas devociones ó ejercicios espirituales que se estilaban en África, y San Ambrosio había prohibido en su obispado; apenas llegó á noticia de Mónica la prohibición del obispo, cuando al instante las dejó; mostrando que en sus devociones no se dejaba llevar de la inclinación ni de la costumbre, y mucho menos del apego á su propia voluntad.

Habiendo resuelto restituirse á África, partió de Milán con San Agustín; y llegando al puerto de Ostia, se detuvieron en él para descansar de las fatigas del camino, esperando también tiempo oportuno para embarcarse. Un día que estaban solos madre é hijo, tuvieron una larga conversación sobre la caduca y perecedera vanidad de los bienes de esta vida, y sobre la eterna felicidad que gozan los santos en el Cielo. *Mientras hablábamos de aquella dichosa vida, dice San Agustín, aspirando á ella con ardientes ansias, nos elevamos en cierta manera hasta sentirla, y hasta gustarla por medio de un lanzamiento de espíritu y vuelo del corazón;* pero Santa Mónica no tardó mucho en ir á gozarla. Cinco ó seis días después cayó enferma, y durante la enfermedad padeció una especie de desmayo ó deliquio que la enajenó por algún tiempo de los sentidos. Vuelta en sí, dijo á San Agustín y á su hermano Navigio: *¿Dónde he estado yo?* Habiéndolos observado muy tristes, llorosos y doloridos, añadió: *Hijos míos, aquí enterraréis á vuestra madre.* Y como Navigio, su hijo menor, mostrase desear á lo menos el consuelo de que muriese en su país, prosiguió la discreta Santa: *¿No veis lo que desea y lo que dice? ¿Qué importará más que mi cuerpo esté aquí ó allí después de muerto? Lo único que*

os pido es que, en cualquiera parte donde estéis, os acordéis de mí en el altar del Señor. Y como la hubiésemos preguntado, dice San Agustín, si no la daba alguna pena el ser enterrada en lugar tan distante de su tierra, respondió: En ningún lugar del mundo estamos lejos de Dios, y no le costará trabajo alguno hallar mi cuerpo para resucitarle con todos los demás. De esta manera, continúa San Agustín, fue separada de su cuerpo aquella alma tan llena de religión y tan santa, al noveno día de su enfermedad, á los cincuenta y seis años de su edad, y á los treinta y tres de la mía.

Luego que rindió el espíritu en manos del Criador, un joven de Tagaste, llamado Evodio, amigo de San Agustín, rezó sobre el cadáver el salmo centesimo. Es indecible el sentimiento de Agustín por esta muerte; pues aunque la consideración de la gloria que gozaba su madre reprimía las lágrimas, pero no le embarazaba el dolor. *Habiendo sido llevado el cadáver á la iglesia, dice él mismo, le acompañé, y volví sin derramar una sola lágrima, porque no lloré durante los Oficios. Mientras estuvo expuesto el cuerpo antes de darle sepultura, se celebró el divino sacrificio de nuestra redención, como se acostumbra. Pareciónos que no era decente acompañar sus funerales con lágrimas y con suspiros, que sólo deben emplearse en lamentar la infelicidad de los difuntos; pero en la muerte de mi madre nada había que mereciese llorarse, pues sólo había sido un tránsito á mejor vida; de esto estábamos asegurados por la pureza de sus costumbres, por la sinceridad de su fe y por la regularidad de su vida. Y si á alguno le pareciere mal que yo hubiese llorado por algunos instantes á una madre que acababa de expirar delante de mis ojos, á una madre que me había llorado tantos años, por la ardentísima ansia que tenía de verme vivir delante de los ojos de Dios, disculpe mi ternura, y llore él mismo por mis pecados, si tiene alguna caridad.*

Aunque estaba muy persuadido San Agustín á que el Señor había concedido á su santa madre la gloria que le pedía incesantemente en sus fervorosas oraciones, nunca dejó de ofrecer por ella el santo sacrificio de la Misa, como la misma Santa se lo había encargado á la hora de la muerte, y del cual había sido tan devota durante su vida, que todos los días asistía á él con la más tierna devoción; y, no contento con esto, pidió á todos los sacerdotes amigos y conocidos suyos que se acordasen en el altar, así de Mónica como de su padre Patricio.

Desde que murió esta Santa, se hizo memoria de ella con singular veneración en toda la Iglesia. Consérvanse algunas reliquias suyas en la abadía de Arovaisa en Roma, como también en otras partes, y en todas con singular devoción.

La Misa es en honor de la Santa, y la oración la siguiente:

¡Oh Dios, consuelo de los afligidos y salud de los que en Ti esperan, que atendiste misericordiosamente á las piadosas lágrimas de la bienaventurada Mónica en la conversión de su hijo Agustín! Concédenos, por la intercesión de entrambos, que lloremos nuestros pecados, y que hallemos el perdón de ellos en tu gracia. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la primera del apóstol San Pablo á Timoteo, cap. 5.

Carísimo: Honra á las viudas que son verdaderamente viudas. Mas si alguna viuda tiene hijos ó sobrinos, aprenda primero á gobernar su casa y pagar lo que debe á sus padres; porque esto es acepto delante de Dios. Aquella que es verdaderamente viuda, desamparada y abandonada, espere en Dios é inste con

plegarias y oraciones día y noche. Porque la que vive en delicias, viviendo está muerta. Y mándalas esto para que sean irrepreensibles. Y si alguno no cuida de los suyos, especialmente de los que son de su casa, negó la fe, y es peor que un infiel. Elíjase la viuda de no menos que sesenta años, que haya sido mujer de un solo marido, y que testifique con las buenas obras si ha educado á los hijos, si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los pies á los santos, si ha socorrido á los que padecían tribulación, si se ha ocupado en toda obra buena.

REFLEXIONES

Es error buscar fuera del estado de cada uno el camino de la perfección. El apetito á frutas extranjeras es cuando menos, extravagancia del paladar y delicadeza perniciosa. De tal manera ha ordenado Dios todos los estados, que todos están en el camino real de la vida cristiana. Quien la va á buscar á otra parte, se desvía del camino carretero; y el que se desvía de este camino, anda cerca de perderse.

Si alguna viuda tiene hijos ó nietos, ante todas cosas dedíquese á educarlos bien y á cuidar de su familia. No dice que ante todas cosas se esté todo el día en la iglesia, que se ande de hospital en hospital, ni que gaste el tiempo en novenas ni en devociones; sino que ante todas cosas cuide de sus hijos, los críe en el santo temor de Dios, y atienda al gobierno de su casa. ¿Siguen este consejo del Apóstol aquellas beatas de profesión, aquellas madres de familias que con el especioso pretexto de una falsa devoción dejan su recogimiento, andan continuamente fuera de casa, se hallan en todos los concursos, demasiadamente expuestas á los peligros del bullicio del tumulto? No es mi ánimo, ni permita Dios que lo sea, desaprobando, ni mucho menos censurar la ejemplar devoción de aquellas matronas y señoras

cristianas que sirven de tanto consuelo y alivio á los pobres enfermos y encarcelados, renovando en nuestros tiempos el primitivo espíritu del Cristianismo. Hablo sólo de aquellas devociones fuera de su lugar, fruto ordinario del amor propio y de no sé qué secreto orgullo.

El cuidado de una familia cansa; la continua vigilancia sobre los hijos y sobre los domésticos fatiga; el retiro, el guardar siempre la casa, se hace tedioso, y melancoliza; el amor propio suspira por el desahogo, y busca algún pretexto para dispensarse en aquellas obligaciones que se juzgan esenciales. Luego nos ofrece este bello pretexto una falsa idea que se forma de devoción. Se ha de asistir á todas las *Salves*; no se ha de perder algún sermón; se ha de concurrir á todas las fiestas, á todas las funciones de iglesia. Ocupaciones santas, empleo del tiempo muy loable en todos aquellos que no tienen obligaciones incompatibles con esa piadosa ociosidad. Pero si, mientras una madre de familias se está muy devotamente en la iglesia, sus hijos y sus criados viven con licencia escandalosa; si, mientras se ocupa en componer, en restituir la paz á otra familia, reina en la suya la desunión, la parcialidad y la mala inteligencia; si, mientras consuela á los afligidos, irrita y desazona á tu marido por su piadosa holgazanería y por sus imprudentes abstinencias; finalmente, si, mientras ella gasta el tiempo allá en sus devociones, se están sus hijos sin educación y sin crianza, á merced de unos criados Viciosos ó negligentes, sin oír quizá más que conversaciones torpes y sin ver más que escandalosos ejemplos, ¿la agradecerá mucho Dios aquel ardiente celo que muestra por los extraños?

El Evangelio es del cap. 7 de San Lucas.

En aquel tiempo: Iba Jesús á una ciudad, por nombre Naín; é iban con Él sus discípulos, y una numerosa turba

de gente. Y al tiempo de acercarse á la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban fuera un difunto, hijo único de su madre; y ésta era viuda, y la acompañaba gran número de personas de la ciudad. A la cual, habiéndola visto el Señor, movido á compasión de ella, le dijo: No llores. Y se acercó al féretro, y le tocó. (Y los que le llevaban se pararon.) Y dijo: Joven, contigo hablo: levántate. Y el muerto se sentó, y comenzó á hablar. Y le entregó á su madre. A todos, pues, les poseyó el temor, y glorificaban á Dios, diciendo: Un profeta grande ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACIÓN

De la sincera voluntad de entregarse á Dios.

PUNTO PRIMERO.—Considera que es bien de extrañar que aquel mozo resucitado no se hubiese quedado desde luego en la compañía de Cristo, para ser uno de sus más celosos discípulos; y no es menos de extrañar que el mismo Cristo se le hubiese entregado á su madre. Admirable prueba de que Dios sólo quiere el corazón y que, sin él, las más finas, las más elocuentes protestas son palabras, y nada mas.

Resucitados muchos en esta Pascua por medio de la confesión; restituidos á la vida de la gracia en virtud del sacramento de penitencia, iqué propósitos, qué palabras, qué protestas de reconocimiento, de ternura y de fidelidad! Pero ¿en qué paran un mes después todas estas religiosas magníficas promesas? Bien conoce ese joven lo que debe á su divino Bienhechor; pero su corazón aun está pegado á la tierra, y por eso no le quiere Jesucristo. Las pasiones adormecidas despiertan; los hábitos viciosos mal reprimidos vuelven á su antiguo vigor; á aquellos primeros movimientos de fervor sucede la desidia y la tibieza; á la tibieza el disgusto; y, una vez

disgustado de servir á Dios, se arroja en los brazos de su primer dueño, vuélvese á entregar á sus primeras inclinaciones, á las recaídas, á la funesta muerte del alma. ¿Qué juicio debo hacer yo de la mía? ¡Ah, Señor, cuántas palabras inútiles, cuántas vanas promesas os he hecho en mis propósitos!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que Dios quiere el corazón por entero ; esto es, el sacrificio entero, y no á medias, de nuestras inclinaciones , de nuestras pasiones y de nuestros deseos demasíadamente mundanos, sensuales y favorables al amor propio. Dios quiere el corazón; pero un corazón indivisible, que ni pretenda, ni pueda servir á un tiempo á dos señores; porque, si ama á uno, ha de aborrecer á otro; si respeta á éste, ha de despreciar á aquél. No pretende vulnerar nuestra libertad; conténtase con solicitar que se lo demos por medio de sus promesas, de sus inspiraciones y de sus gracias; nos le pide, pero no le toma mientras voluntaria y libremente no se lo concedamos. Negárselo, es ingratitud, es impiedad, es injusticia. Pero el que ama tan ciegamente al mundo, el que busca en todo y por todo sus propias conveniencias, el que se entrega totalmente á sus pasiones, á su sensualidad, á su interés, ¿podrá decir que da á Dios su corazón?

Decir que se ama á Dios, no amándole con todo el corazón, es mentira; pensar que se le ama con todo el corazón cuando sólo se le sirve á medias, es locura; persuadirse que se le sirve por entero, cuando apenas se hace cosa alguna de las que El nos manda, es extravagancia, es impiedad.

¡Ah, Señor! ¿Y no es cierto que acabo de hacer el más fiel retrato de mí mismo en esta viva copia de los que infielmente os sirven? ¿Puedo decir con verdad que os amo de corazón, y que soy vuestro sin reserva? No

puedo responder á estas preguntas, divino Salvador mío, sino con mi dolor y con mis lágrimas. Tomad, Señor, tomad este corazón, que enteramente os le doy; y con vuestra gracia espero ha de acreditar mi vida que enteramente os le he dado.

JACULATORIAS

Os busqué, Señor, con todo mi corazón; no permitáis que me desvíe jamás de vuestros Mandamientos.—*Ps.* 118.

Vos, Señor, seréis eternamente el Dios de mi corazón, mi único Dueño, y todo mi tesoro.—*Ps.* 72.

PROPÓSITOS

1. Siendo, al parecer, cosa tan fácil conocer uno cuándo está su voluntad sincera y totalmente entregada á Dios, apenas la hay en que más se engañen ó se equivoquen los hombres. Esta sinceridad se conoce por las obras, pero pocos atienden á ellas para conocerla, contentándose con dar palabras, que de ordinario son las pruebas únicas de nuestra sinceridad. Pues no hay que admirarnos de que los hombres se engañen y se equivoquen con señas tan engañosas, i Pero que pretendamos engañar á Dios con unas protestas que desmiente el corazón, con promesas sin efecto, con buenas palabras, y no más! Esto sí que es digno de admiración; ó, por mejor decir, esto es lo que se llama apariencia de religión y especie de sacrilegio. Confiesa la verdad: Y ¿no te sientes tú comprendido en este delito? ¿Amas á Dios con todo tu corazón? ¿Se le has entregado sin reserva? Muchas veces has dicho que se le entregas todo á Su Majestad; pero ¿cuánto has tardado en volvérselo á quitar? Repara desde este mismo punto esta grosera falta, haciéndole una donación total y sincera.

Examina qué es lo que más te lleva el corazón; esa pasión, ese demasiado punto, esa suma delicadeza en todo lo que toca á tu estimación, esa diversión, ese juego, esa conversación, esa comunicación con aquella persona, esa alhajuela, ese mueble que te arrastra todos tus cariños, da principio sacrificándosele á Dios desde luego, y entonces podrás decir que le amas con todo tu corazón, que quieres vivir y morir en su servicio. Ten presente que Isaac no dio su bendición á Jacob por el testimonio de la voz, sino por el testimonio de las manos.

2. Ten por sospechosas todas las instrucciones demasíadamente especulativas; huye de todo confesor, de todo director que con especioso pretexto de hacerte volar á la perfección quiere mantenerte en una peligrosa ociosidad y perniciosísima pereza. Di muchas veces á Dios que le entregas tu corazón, pero procura que lo digan muchas más tu humildad, tu mortificación, tu puntualidad, tu exactitud en el cumplimiento de todas tus obligaciones, tu continua violencia, y, en una palabra, todas tus operaciones y todos tus movimientos. Hijuelos míos, dice el apóstol San Juan, no consista nuestro amor en buenas palabras, en expresiones que sólo salen de la lengua, sino en obras y en verdaderas pruebas de las manos. Ten presentes estas palabras en todas tus devociones, y en ellas guárdate mucho de sendas extraviadas; sigue el camino real y carretero por donde fueron todos los santos, aquel que abre el Evangelio, y el mismo Cristo nos enseña.